

IRENE ENE

ROMANCE PARA TANINGA

A Raquel

Por una ruta de cuesta
abierta en la piedra viva,
una tarde de diciembre
me fui llegando a Tanninga,
después de un viaje muy largo
desde la ciudad activa
que vive a orillas del Plata,
entre luces y bocinas,
escaparates lujosos,
teatros, cines y política.
Llegué en un C.O.L.T.O. pequeño
como lata de sardinas
donde gente y maletas
se aprietan en una estiba.
Y ya cayendo la tarde,
entré en el “Hotel Tanninga”.
El comedor con manteles
y la casona muy limpia.
Ahí conocí a don Franz,
el dueño de la hostería,
un vienés de porte altivo
y socarrona sonrisa,
que conoce *a todo el mundo*
y de todo se anoticia.
Andando en punta de pie,
con mucha coquetería
y una bandeja en la mano
se desplazaba Remigia,
experta en servir la mesa,
casi dama y casi artista.
También conocía a “la Goya”
de parentela muy digna,
quien tiene muchos hermanos
y prole numerosísima;
muchacha muy servicial
como toda su familia.
Después me instalé en “La Tusca”,
una agradable casita

de mi amiga María Elena
-honra de estirpe patricia-
quien tiene gran atractivo
para amigas y vecinas
porque encuentra soluciones
para todo lo que pidan;
y es afectuosa y gentil.,
tolerante y comprensiva.
Y así es como gozo ahora
de la dicha de Tanninga
que está enclavada en los cerros
donde Córdoba se inclina
hacia el lado de San Juan
por camino de cornisa.
De este camino hay que hablar
porque es obra de conquista
de la entraña inconquistable
de la brava serranía.
Aquí, el ingeniero Hahn
venció la roca y la cima,
hizo túneles perfectos,
murallas, puentes y pircas.
Y el camino serpentea
como bandera argentina
llevando un nombre alemán
en los pliegues de la cinta.

Por la gracia del Señor,
volvamos hacia la villa
donde Montoya da nafta
a todo automovilista
y atiende siempre cortés
a serranos y turistas.
Apuremos los refrescos
en el Bar de Margarita
y conversemos con ella
porque es toda simpatía.
Y, luego, a “La Chambacusa”
con la gente divertida
un ratito de jarana,
de folklore y poesía,
donde luce Rosa Esther,
seductora y sensitiva,
como una auténtica rosa
su piel de pétalo y lira.

Y, ahora, quiero cantar
la naturaleza viva,
la transparencia del aire,
el color de las colinas

verdes, con todos los verdes
de cactus y gramillas,
de pastos duros y molles,
hierbabuena y manzanilla.
Los ríos van susurrando
en su suave lengua lírica
como hacen todos los ríos
que corren por la provincia.
El Jaime con aguas dulces
y fronda en ambas orillas
tiene en su lecho una sábana
de arena blanca y mullida;
y si encuentra grandes toscas
o desniveles, con prisa
inventa sus cataratas
y el agua se le hace chispas.
El Salado va despacio
con sus linfas curativas
por un cauce de breñales
con líquenes de felpilla.
En los dos, el sol se baña
hace espejos y se irisa
en largas serpientes de oro
que se me enroscan y pican.
Nada me importa el rigor
de los días de Taninga;
ellos me dan la salud
y tornan mi piel cobriza;
y entre ardores y picores
me lleno de vitaminas.

A la hora de la siesta,
el silencio se adormila
con un canto persistente
de coyuyos que vigilan
con sus ojitos saltones
y sus alitas de mica.
Y a la hora del crepúsculo
todos los cerros se pintan
con los dorados intensos
y el azul de las capillas;
malva de lagos y cielo
rojo de fuego y de guindas,
grises de plata y montaña
y asombrosa fantasía
de rosados de corolas
y de verdes y de lilas.
Y a esa hora, también,
el empíreo es una orgía
de matices y reflejos

y contraluces distintas.
Las nubes fingen figuras
de sueños y de vigilia
donde lo irreal y lo real
se confunden y desquician.
Y es una fiesta con ángeles
contemplar la maravilla
del apagarse el poniente
y encenderse la pupila
del lucero tembloroso
en la noche de Tanninga.

Todo esto tiene un cantor
que dice, en frases floridas,
estas cosas y otras mucha
que persuaden y cautivan,
con los ojos entornados
y la frente pensativa,
mientras despacha fideos,
o papas o zapatillas.
He nombrado a don Juan Bustos,
despensero y guitarrista.

Y ya para terminar
esta larga versería
no me olvido de don Pedro,
el fundador de la Villa,
con un señor Irigoyen
que nos miran desde arriba.
Tampoco olvido a Tomasa
que llega todos los días
con su botella de leche,
su manteca y su sonrisa.
Y perdonen los nombrados
y los que no están en la lista;
a todos recuerdo bien,
con afecto y alegría.
Disculpe mi compañera,
que haya pasado absorbida,
por la belleza serena
de la noche de Tanninga,
el mediodía y la siesta,
sin hacerle la comida.
A la hora del churrasco,
siempre anduve distraída.
Pero ella sabe, también,
gustar de esta agreste vida
y se siente encariñada
con la gente de Tanninga.

¡Salud y placer a todos!
Amigos, hasta la vista.

Taninga, 1975